

Quien lea y estudie esta *Antología del Cuento Chileno* revivirá con placer el genio de los creadores de ayer y de hoy, recogerá los conocimientos que procura el crítico, sentirá el estímulo del profesor competente y experimentará el aliento de proseguir en los estudios que sugieren los investigadores.

HOMERO CASTILLO

YOLANDO PINO SAAVEDRA. CUENTOS FOLKLORICOS DE CHILE. Tomo III. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, S. A., 1963. 408 p. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Educación. Instituto de Investigaciones Folklóricas "Ramón A. Laval".

Con el tomo III publicado a fines de 1963, el Dr. Yolando Pino Saavedra, ex Decano de la Facultad de Filosofía y Educación y Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua, ha puesto término a su colección de *Cuentos folklóricos de Chile*, dando así remate a una contribución valiosísima para el archivo de nuestra literatura popular en prosa. Es este volumen el más nutrido de la serie, pero los tres de que se compone, constituyen una obra compacta, de parejos méritos, desde el punto de vista de la seria investigación y concienzudo análisis que acreditan. Comprende, como las anteriores, una cantidad de textos nuevos recogidos por el propio autor de la tradición oral y no registrados antes en otros repertorios, e incluye nuevas versiones de algunos ya conocidos. Son un elocuente testimonio de su labor investigadora, los siguientes datos: el primer volumen contenía 75 relatos, 84 el segundo, y el que ahora aparece, 111. En total, son, pues, 270 textos recolectados.

En una corta introducción, el Dr. Pino Saavedra hace referencias al total de su obra. Expone que se había propuesto consignar en el primero los cuentos mágicos y maravillosos; seguir en el segundo con cuentos de este mismo carácter, con cuentos religiosos y cuentos novelescos o románticos. Su intención era incluir en el tercero, sólo cuentos humorísticos, cuentos encadenados y cuentos de animales; pero —dice—, el descubrimiento de nuevas e interesantes versiones le indujo a agregar después un apéndice, pues, a medida que preparaba la edición de los primeros volúmenes, su colección seguía aumentando, de suerte que dentro de poco podría disponer de unos 500 cuentos.

Su larga experiencia y su avezada observación le permiten ya informar respecto al tipo de narraciones que goza de preferencia en la imaginación y en el gusto de nuestro pueblo. Los cuentos mágicos, religiosos y románticos alcanzan a un 69,25 por ciento, los humorísticos, a un 23,33 por ciento, los de animales, a un 5,92 y los encadenados, a un 1,48 por ciento.

De más está advertir que el plan seguido en este tomo III para exponer y analizar el abundante material recolectado, se ciñe estrictamente a las normas observadas en los anteriores. Valora, sobre todo, el conjunto de estos *Cuentos folklóricos de Chile*, el rigorismo científico con que el autor, invariablemente, acometió sus incursiones folklóricas por distintas

zonas geográficas del país. Es el investigador quien recibe, en forma directa, el texto de boca de los narradores. Se transcribe con estricta fidelidad su relato, en su propio lenguaje, sin enmiendas; se consigna el nombre del narrador, la localidad de su residencia en cada caso. Hecha la recolección de los textos, el autor realiza con erudición una de las partes más delicadas y difíciles de su trabajo: una labor de folklore comparado, que exige una extraordinaria versación, punto débil en algunos folkloristas sudamericanos, y materia esencial de su investigación, que ofrece a los especialistas bajo el modesto epígrafe de "comentarios". Una bibliografía, un glosario, un registro de tipos de cuentos representados en los tres volúmenes, según Aarne Thompson y otros anexos importantes, completan este libro con que, por ahora, se cierra la colección.

Obra de elevada categoría científica, como ya se ha dicho, es, sin embargo, en virtud del género a que pertenece, de amena y variada literatura. Nunca cae el compilador, como no pocas veces ocurre en investigaciones de esta clase, en la tentación de profanar con alteraciones de contenido, tono o forma, el relato de los informantes, para hacerlo más atrayente o pintoresco. Aquí está, en cambio, el documento auténtico, descarnado, si se quiere, en sus contornos, pero veraz testimonio para el conocimiento del hombre, que interesa, además de la ciencia folklórica misma, a las ciencias culturales limítrofes, historia, religión, economía, derecho, sociología, etc.

En punto de método, ha utilizado los más modernos y se nos ocurre que ha tenido siempre presente al Dr. Richard Weiss, a cuyo tratado europeo de Folklore, *Volkskunde der Schweiz*, dedicó el Dr. Pino, hace tiempo, en estas mismas páginas de los *Anales* una magnífica traducción de uno de sus fundamentales capítulos. Para el profesor de Zúrich, por sus conceptos básicos y por su finalidad, el Folklore es, inequívocamente, una ciencia del espíritu y su objetivo es el conocimiento de una especie de comportamiento espiritual-anímico, que se manifiesta en los objetos de la cultura. Dé aquí sus relaciones recíprocas con aquellas variadas disciplinas. Para el famoso folklorista suizo, el objetivo del Folklore es uniforme, pero los caminos que a él conducen son diferentes. Como en las otras ciencias, tampoco hay en el Folklore un método universal. Diferentes corrientes de investigación siguen unos u otros y aparecen unas junto a otras. Para él, en la investigación folklórica se pueden distinguir cuatro corrientes esenciales: la geográfica, la sociológica, la histórica y la psicológica. Cada una conduce, por su lado, al objetivo común, que es el de esclarecer las relaciones entre pueblo y cultura popular. "Ninguno de estos cuatro métodos —escribe—, puede emplearse aisladamente. Por eso, los cuatro juntos constituyen en propiedad el método folklórico... Por consiguiente, cuatro puntos de vista son los que tienen que obrar de común acuerdo en el Folklore, aunque en múltiples y diferentes proporciones de mezcla".

Fruto de esta concepción renovada de la investigación folklórica es esta colección de cuentos populares, elogiada sin reservas por los especialistas extranjeros, europeos y americanos, y de la cual ya está preparada una antología en Alemania, cuya publicación patrocinará la Universidad de Colonia.

CÉSAR BUNSTER

FERNANDO SANTIVÁN. *BARBARA* (novela). Santiago de Chile, Zig-Zag, 1963. 274 p.

La aparición de *Bárbara*, novela rezagada de Fernando Santiván, mueve el ánimo, más que a un enjuiciamiento riguroso, a breves reflexiones sobre algunos aspectos del cultivo del género en nuestro medio.

Bárbara Barrales, la mujer de Facundo Urrea, debe afrontar la ardua lucha de mantener, sola, a su familia desvalida, después de la muerte de su marido en la revolución del 91. Se instala en Temuco, una avanzada sureña de reciente fundación, sobre las cenizas humeantes de los últimos encuentros de chilenos y araucanos, que al fin se apaciguaron sin rendirse. Mundo tenso de peligrosidad: a una hosca naturaleza virgen, a las lluvias interminables y a las heladas de agosto, se suma la acción de pesadilla, de bandidos y cuatreros, recrudescida y organizada sobre tácticas militares, una de las secuelas de la Guerra del Pacífico. Todo un universo de motivos intocados a la fecha de la concepción de la novela, 1922, que requerían un tratamiento multitudinario, externo y pormenorizado, conforme a la manera historicista de la narración. Pero el autor centró el interés en la descripción de una mujer pionera, Bárbara, a quien, en un período de más de un decenio, vemos trabajar con resignación y entereza, conducir por la buena senda a sus hijos, practicar espontáneamente la hospitalidad con familiares y "allegados", característica de esa tierra, y convertirse en un factor influyente dentro de los modestos límites de su comunidad inmediata. Una *doña Bárbara* menos espectacular que la venezolana, menos inquietante, menos unilateral en su construcción; en cambio, más humana, positiva y convincente. Junto a ella, una variedad de tipos reales de la región, y un personaje legendario, señorial, resabio —con plena conciencia del autor— de los héroes del individualismo romántico del siglo XIX, válido aquí, como símbolo poético de las recónditas aspiraciones sentimentales de Bárbara: el bandido-caballero, Emiliano Barreda Montemayor, cuya prestancia casi mística, compromete la unidad realista de la obra y desbarata la visión del cuatrero auténtico de la frontera y la dramática lucha que, al margen de la policía local, el Capitán Hernán Trizzano y sus Gendarmes de la Frontera o *trizanos*, libraron contra él hasta exterminarlo.

Cuarenta años hace que Fernando Santiván escribió *Bárbara*, cuando en el clima literario nacional gravitaban con todo su peso las dilecciones criollistas tendientes a exaltar el marco ambiental sobre el examen del hombre y su problemática interior, condicionada a su circunstancia. No-